

Hugo Bouter

Las siete palabras de Cristo en la cruz

«Entonces Jesús dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (...). Entonces uno de los malhechores que estaban colgados blasfemó contra Él, diciendo: si Tú eres el Cristo, sálvate a Ti mismo y a nosotros. Pero el otro, respondiendo, le reprendió, diciendo: ¿ni siquiera temes a Dios, viendo que estás bajo la misma condenación? Y nosotros ciertamente con justicia, pues recibimos la debida recompensa de nuestras obras; pero éste no ha hecho nada malo.»

«Entonces dijo a Jesús: Señor, acuérdate de mí cuando vengas en Tu reino. Jesús le dijo: ciertamente, hoy estarás conmigo en el Paraíso (...).»

«Y Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»

Lucas 23, 34-49; Juan 19, 17-30

El testamento de nuestro Señor

Por lo que podemos ver en los evangelios, Cristo gritó algo en siete ocasiones mientras colgaba de la cruz. Tres de estos gritos fueron pronunciados antes de las tres horas de oscuridad, y tres a continuación. Durante las tres horas de oscuridad – casi al final –, oímos el grito de sufrimiento del Salmo 22, versículo 1: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mateo 27,46; Marcos 15,34). Al citar estas palabras del poeta, el Señor expresó los sufrimientos insondables cuando se vio abandonado por Su Dios, que le propinó sus duros golpes a causa del juicio por nuestros pecados.

En cierto sentido, estas siete palabras constituyen la última voluntad, el testamento espiritual del Salvador moribundo. Lo que tienen de particular las tres primeras palabras es un testimonio especial del valor y el poder de la obra de Cristo. En ellas escuchamos cuáles iban a ser las consecuencias de la Pasión de la Cruz, de la que también dan testimonio las epístolas del Nuevo Testamento. Vemos aquí las riquezas espirituales que Él nos ha legado en virtud de Su obra consumada. Tres son las bendiciones que se nos otorgan en virtud de Su muerte:

1. El perdón de nuestros pecados, de acuerdo con la oración del Señor al Padre en Lucas 23,34.
2. Un lugar en el Paraíso celestial, de acuerdo con la promesa de Lucas 23,43.
3. Un lugar de amor afectuoso en medio de la familia de Dios, la casa de Dios en la tierra, según las directrices de Juan 19,26-27.

La voluntad del Salvador moribundo incluye las bendiciones espirituales que los suyos recibirían como resultado de Sus sufrimientos y muerte. Él es el Testador y tiene cuidado del pasado, del presente y el futuro de todos los que le pertenecen. Aquí lo vemos en un orden algo distinto:

1. En cuanto al pasado, hemos sido lavados de nuestros pecados por Su preciosa sangre, habiendo obtenido el perdón de los pecados.
2. En cuanto al presente, Él nos concede un lugar de seguridad en medio de los hijos de Dios.
3. En cuanto al futuro, el Paraíso de Dios en el cielo está abierto para nosotros. ¿Qué más podemos desear?

Padre, perdónalos

Conmueve leer que la primera palabra pronunciada por Cristo en la cruz fuera una oración por Sus enemigos. No era una oración de venganza contra los pecadores, que lo habían clavado en el madero maldito, sino una súplica de perdón para ellos. Incluso en esta horrible situación, el corazón del Salvador estaba lleno de amor y misericordia por los pecadores que quería buscar y salvar. Pidió el perdón al Padre por el mal que le habían infligido, el Hijo amado del Padre. Si no lo hubiera pedido, sin duda habría acontecido el juicio. Sin embargo, no era el día de la venganza. La ira del cielo no asesta aquí sus golpes a un mundo culpable, sino a Aquel que quiso ser el Portador del Pecado y que estaba dispuesto a morir por los pecadores hostiles.

Es precisamente por el fruto de la obra expiatoria de Cristo que ahora se nos ofrece este perdón divino. Al fin y al cabo, Él había venido para que Su sangre, la sangre de la nueva alianza, fuera derramada por muchos para remisión de los pecados (Mt 26,28). Por lo tanto, no hay retribución ni venganza, sino perdón, porque Cristo ocupó nuestro lugar en el juicio divino, disponiéndose a morir por nuestros pecados. Vemos en la predicación del apóstol Pedro el día de Pentecostés el cumplimiento de esta oración. Cristo oró pidiendo perdón para sus enemigos, y como resultado Pedro pudo ofrecerles este perdón. Lo hizo como un enviado y testigo que actuaba en nombre de Dios.

Sin embargo, había una condición: debían arrepentirse y ser bautizados en el nombre de Jesucristo «para perdón de los pecados» (Hch 2,38). Entonces recibirían el don del Espíritu Santo. En Hechos 3,17 el apóstol añadió que habían rechazado al Señor por ignorancia – totalmente de acuerdo con las palabras de Cristo –: «(...) porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34). La buena nueva de la remisión de los pecados es una parte esencial de la gran comisión de los discípulos. La encontramos en Mateo 28 y Lucas 24, en el libro de los Hechos – por la predicación del apóstol Pedro –, y también en la predicación del apóstol Pablo.

Tan pronto como Pablo comienza su labor misionera, leemos acerca de todo ello en Hechos 13,38-39. También en las epístolas a los Efesios y a los Colosenses, Pablo menciona específicamente el perdón de los pecados y lo cuenta entre las más altas bendiciones del cristiano (Ef 1,7; 4,32; Col 1,14). Nunca debemos olvidar que esta bendición es el resultado de los insondables sufrimientos que el Señor soportó en la cruz del Calvario.

Hoy estarás conmigo en el Paraíso

La segunda palabra en la cruz incluye la promesa de un lugar seguro en el Paraíso celestial: «Ciertamente, hoy estarás conmigo en el Paraíso». El Señor habla con autoridad divina. La palabra *ciertamente* significa *amén*. No hay duda en cuanto al cumplimiento de esta promesa. Aunque Cristo fue crucificado en debilidad, ahora vive por el poder de Dios. Todo lo que Él promete, lo hace realidad.

De este importante versículo pueden extraerse varias conclusiones:

1. No es necesario ningún periodo intermedio de purificación y limpieza antes de que el santo fallecido alcance la felicidad del cielo. El Señor dice al criminal que ese mismo día estará con Él en el Paraíso. Por cierto, el sueño de la muerte concierne solo al cuerpo, que descansa en la tumba hasta el día de la

resurrección. Esto también refuta implícitamente la doctrina del llamado sueño del alma, que afirma que los santos que han muerto se encuentran en una especie de letargo hasta el día de la resurrección.

2. Los que han dormido en Cristo, ya están en Su presencia inmediata y son conscientes de ello. «Hoy estarás conmigo en el Paraíso», fue la promesa del Señor al criminal que creyó. Este hombre esperaba la venida del reino mesiánico. Creía que el Señor era el Rey de los judíos, que en el tiempo de Dios recibiría Su reino, en el que también tienen cabida los santos resucitados. Esperaba poder contar con el favor del Rey, pero ahora ya tenía algo mejor: un lugar en el paraíso de Dios, donde se le permitía estar en la presencia inmediata del Salvador.
3. En Lucas 16 se hace referencia a este lugar como «el seno de Abraham», pese a que en ese momento el Señor todavía no había completado Su obra en la cruz. Desde que resucitó y fue glorificado a la diestra de Dios, Abraham – el padre de todos los creyentes – ya no es el centro de atención. Estar con *Cristo* es ahora lo mejor (Fil 1,23). A decir verdad, esto no solo es así en el estado intermedio entre la muerte y la resurrección, ya que en la resurrección de los santos que han fallecido y la transformación de los creyentes que aún viven en el momento del rapto se aplica la misma promesa: «Y así estaremos siempre con el Señor» (1Ts 4,17).
4. Este lugar se llamará en adelante Paraíso, como contrapartida celestial del Jardín del Edén. Está situado en el tercer cielo, es decir, en la propia morada de Dios. Es, por tanto, el Paraíso de Dios, según Apocalipsis 2:7. A diferencia del paraíso terrenal, no puede ser destruido por el fracaso del hombre. Lleva el sello de la perfección divina.
5. Aquí faltan el árbol de la ciencia del bien y del mal y la tentación del pecado. Cristo surge como el verdadero Árbol de la vida, y el Espíritu Santo como la verdadera Fuente de ríos de agua viva (Jn 4,14-24; 7,37-39; Ap 22,1-2). La sed y el hambre del corazón humano son satisfechas en todos los sentidos.

Los que se han dormido en Jesús son indeciblemente felices en Su presencia (2Co 12,2-4). Oyen palabras gloriosas que ningún hombre en la tierra puede llevar a sus labios. Pablo fue llevado allí como «un hombre en Cristo», y es el lugar de todos los que están unidos a Él como el último Adán.

Mujer, he aquí a tu hijo

Ahora vamos a centrarnos concretamente en la tercera palabra en la cruz, que el Señor dirigió a su madre y a Juan, el discípulo amado: «Viendo, pues, Jesús a su

madre, y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, dijo a su madre: mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dijo al discípulo: ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora aquel discípulo se la llevó a su casa» (Jn 19,26-27).

Esta tercera frase no se refiere a los enemigos de Cristo, sino a sus amigos y seguidores. Había unos pocos seguidores fieles junto a la cruz, y el Evangelio de Juan los menciona por su nombre. El discípulo amado dio apoyo moral a María en los sufrimientos que atravesaban su propia alma, como Simeón había profetizado hacía tiempo (Lc 2,34-35). Él sería ahora su apoyo y ayuda para que pudiera ser aliviado el dolor. El Señor les dio a ambos la posición adecuada tras Su fallecimiento. A María le dio un hijo que cuidaría de ella, y a Juan una madre cariñosa.

Así se contempla entre los seguidores de Cristo. Él nos muestra nuestro lugar correcto, y es Su deseo que nos apoyemos unos a otros. En la familia de los hijos de Dios, no podemos vivir de manera independiente, sino que compartimos alegrías y penas. El mismo Señor determina el lugar que debemos ocupar en relación con los demás miembros de la familia de la fe, y cuáles son las responsabilidades que debemos desarrollar.

Es extraordinario que Juan nos comunique posteriormente tantas cosas sobre las relaciones mutuas dentro de la familia de Dios. En su primera carta, muestra claramente que no todos los creyentes ocupan el mismo lugar. Hay niños pequeños en la fe, que acaban de conocer al Padre y disfrutan de la comunión con Él y el Hijo. Otros han crecido espiritualmente y se han hecho fuertes en sus conflictos con el maligno. Sin embargo, estos *jóvenes* todavía necesitan ciertas amonestaciones. Otros son llamados «padres en Cristo», porque han sido capaces de guiar a la gente a Cristo, y como verdaderos padres prestan atención y cuidado a sus hijos espirituales. A ellos el apóstol no dedica ninguna enseñanza. Basta con que conozcan al que es desde el principio y vivan en comunión real con el Padre y el Hijo (1Jn 2). ¡Qué privilegio que el mismo Señor te asigne un lugar en la casa de Dios!

Padre, en tus manos

La quinta y sexta palabras en la cruz se encuentran en Juan 19, la séptima y última en Lucas 23. El final de la vida de Cristo se describe de manera sucinta en Juan 19,28-30. Aquí encontramos, en primer lugar, una exclamación del Señor que cumple las Escrituras: «Tengo sed» (cf. Sal 22,16 y Sal 69,22). El vino agrio de los soldados, que le ofrecieron justo después de la crucifixión, lo había rechazado el

Señor porque era anestésico. Pero después de completar la obra –Jesús sabía que todas las cosas estaban ya cumplidas, dice Juan – pudo expresar Sus sentimientos y deseos humanos. Y lo hizo con el propósito especial de cumplir las Escrituras, para que todas las profecías mesiánicas llegaran a realizarse en Su vida y muerte. Después de tomar el vino agrio, exclamó: «¡Consumado es!» La gran obra de la redención se completó y las Escrituras fueron cumplidas.

Entonces inclinó la cabeza y entregó Su espíritu en las manos del Padre (Jn 19,30). He aquí la entrega independiente y voluntaria de Su alma a la muerte, pues tenía poder para entregar Su vida. Y al hacerlo, según Lucas, todavía tuvo fuerzas para gritar en voz alta las palabras: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46). Esta es la séptima palabra en la cruz, tras la cual expiró. Tanto la primera como la última palabra comienzan con esta expresión íntima: Padre.

Ya lo había logrado todo, y en Él podemos encontrar una salvación plena. El mártir Esteban imitó al morir el ejemplo del Señor. Sus palabras reflejan las primeras y las últimas palabras en la cruz: una palabra de perdón y otra de fe. Esteban entregó su espíritu en manos del Señor glorificado, presente a la derecha de Dios para recibir a Su siervo en la gloria (Hch 7,54-60).
